

LEONCIO GUERRERO

FLORENCIO

---

DOÑA Esther Arriaga de Toro es una señora a la que puede llamársele “Una ricachona”. El Mayor Toro, su marido, murió ya anciano. Las gentes dicen que, si se hubiese trasladado a Santiago a tiempo, habría podido vivir aún muchos años. Uno de sus continuos ataques cardíacos lo “despachó”. Así, de la noche a la mañana, doña Esther quedó viuda y dueña de una enorme fortuna en tierras, acciones y cuentas bancarias.

La plata se va a la plata y los piojos, a las tiras —sentenciaban los conocidos, comentando esa propensión del destino de darlo todo o nada.

Pasaron, pues, a manos de doña Esther, fundos, hijuelas y sitios ubicados en y alrededor de Mellán, pequeño pueblo costero, en vías de convertirse en balneario de moda.

Doña Esther es una apetitosa “jamona”, a quien el negro del luto sienta admirablemente, realzando sus llenas y maduras formas. El velo pone una nota misteriosa de sensualidad en su rostro de fino cutis pálido. Dos excesivamente abultados senos la arrastran en un ininterrumpido desequilibrio, que es la causa de su dinamismo. Una sonrisa estercotipada, mezcla de bondad, jactancia y tristeza de viuda, está siempre presente en sus facciones.

La venerable matrona no se arredró por la pérdida de su marido. Continúa administrando la fortuna con tanto acierto como él. Las malas lenguas lanzan chismes a propósito del abogado que la asesora. Nada, sin embargo, han logrado comprobar. Por el contrario, la actividad de ella les ha dado un mentís. La Cruz Roja, la Gota de Leche, la cuentan entre sus más generosos

miembros. Sus donaciones a estas entidades, como al siempre escuálido Cuerpo de Bomberos y a las menesterosas escuelas públicas, le agregaron el calificativo de "filántropa" del pueblo. Basta que su sensible corazón vibre ante una miseria, para que corra en ayuda del necesitado. A sus sirvientes les ha regalado tierras y casas. Estas larguezas han podido efectuarse gracias a que doña Esther tuvo un tiempo la chifladura de los problemas sociales y compró y leyó literatura de tal índole.

—En realidad, hay injusticias. Yo soy una socialista cristiana.

Por algo todos sus actos, están, si no patrocinados, colocados bajo el nombre de la Iglesia. Es íntima amiga del párroco.

En su preocupación por el progreso local, además de sus aportes para plazas, edificios municipales, terrazas en la playa, ha ideado la construcción de una población de veraneo modelo. Hizo venir de Santiago un arquitecto con el cual confeccionó los planos en donde las avenidas y diagonales abundan. Vendió los lotes a precios bajísimos. Más no podía pedirse por aquellos terrenos áridos, criaderos de lagartijas. Su valor reside en la importancia veraniega que están tomando las playas de Mellán.

Su interés por "sus niños pobres" se convierte en donativos de ropas, alimentos, dinero, becas en colegios religiosos de los que es proveedora insigne. Para el cumpleaños de la muerte de su marido, reúne un gran número de rapaces y los agasaja espléndidamente.

—Esto es para el descanso del alma de Toro...

Los arrapiezos pasan un feliz día. Durante el año, viven pensando en esta fecha.

—Alguna vez me lo pagarán, aunque sea con agradecimientos— contesta, bajando los ojos modestamente cuando alguna de sus amigas la halaga por su filantropía.

Con todos estos mericimientos, misiá Esther, como la llama el pueblo, es su "Bendición de Dios". Las mujeres, los hombres, los niños la saludan con una mezcla de respeto y camaradería. Ella, cuando puede, les da su enguantada mano, acto que tiene la virtud de quitar el hambre y hacer olvidar la pobreza.

\*

\* \*

¿Cómo está, don Nicasio?

—Bien, muy bien, Misiá Esther. ¿Qué la trae por aquí?

—Vengo a descansar unos días en su casa.

—A la suya no más viene, misiá Esther.

El automóvil, azul oscuro, largo, metálico, aceza con la lengua de la capota desplegada.

El buen hombre recoge cortésmente la mano envuelta en fina malla que se le ofrece, mientras con la izquierda se descubre la cabeza, levantando la chupalla.

—Estoy agotada, muerta. ¡Tantas preocupaciones! Mis pobres nervios no dan más. No quiero pensar en nada. Así es que trátame como una cualquiera.

—Haremos lo posible, Misiá —responde el inquilino.

La matrona desciende, estirándose del encogimiento de varias horas.

—Mira, Nicasio, ¿quién es ese que se esconde detrás del peral?

—Es Florencio, misiá. Mi hijo mayor. Ven acá a saludar, hom.

La chupalla abandona su escondite y aparece un muchacho de recio corpachón.

—Saluda, hom. —Le azuza el padre, al notarlo azorado ante aquella señora tan elegante. El chiquillo toma su chupallita, descubriéndose y coge la punta de los dedos de su señora, musitando algo entre los dientes.

—¡Qué grande estás, niño! Casi no te había conocido. ¿Y a qué te dedicas? —le pregunta.

—Nada hace —replica el padre—. Es que ya terminó aquí en la escuela. Ya lo sabe todo. Me ayuda a mí, ahora.

—¿Y no quisieras, Nicasio, que fuera a la ciudad? Yo le podría conseguir una beca en el Seminario.

—Agradecidos estaríamos, porque el hombre dice que le gusta aprender más.

—Bueno. ¡Hecho! Pero tendrás que vestirme de curita.

Florencio le sonríe y, ya vencida su timidez, corre a entrar las maletas y bultos que el chofer ha estado bajando del automóvil.

Doña Rosa Esther descansa, como lo había anunciado, varios días en la parcela.

—¡Esto es vida! —exclama satisfecha.

Pero sus preocupaciones la llaman y un día arregla sus bártulos y el automóvil ruge de nuevo, partiendo en dos los campos desolados. Florencio, sentado junto al chofer, apenas se mueve para no hundirse del todo en el mullido asiento. Doña Esther lo contempla, riéndose de su indumentaria. ¡Aquella chaqueta corta que se le revienta en las anchas espaldas, el cuello alto, de goma, que parece degollarlo; el sombrero de alas ondulantes y de copa como una cacerola! Ya se imagina el soberbio "cura"

en que se transformará, cuando se le desbroce. Florencio tiende la vista por sobre las colinas, el camino, las casas, los animales, los esteros. Todos fueron sus amigos, sus íntimos. En un cruce distingue a Rafa y a Pablo, compañeros de la escuela. Van con un gran perro a vagar por el amplio paisaje. Y él, allí, cohibido, preso, en dirección a la ciudad. Sonríeles cuando los otros miran hacia el auto, creyendo que lo han reconocido. Luego, se pone serio y se abandona al cuello y al destino.

—Mira, Florencio —le llama la señora, después de un largo rato de silencio—. En Santiago te voy a comprar un buen traje, sombrero, camisa, de un todo para que parezcas un “jutre”. Eso sí que ya no dirás más “güeno”, “por hey”, “su mercé”.

En Santiago, después de recorrer un intrincado sistema de calles, el vehículo se detiene, con un golpe seco, junto a un caserón gris. La ancha reja del zaguán abre sus mandíbulas chirreantes y le da el primer mordizco a su vida.

En aquella casa ha de sufrir enormes suplicios. Los vidrios biselados brillan, descomponiendo la luz solar. Los timbres chillan por donde él menos se lo imagina, autoritarios y estridentes, manteniéndolo siempre en alarma. Las alfombras, coloreadas y espesas, absorben todo ruido de pisadas. Las paredes, decoradas con papeles pintados, le proporcionan, al menos, entretención a su fantasía.

Le asignan un cuarto que, para él, acostumbrado a los interiores sin enlucir, sin encielado, ni piso, es una pieza de palacio. Allí pasa horas enteras mirando hacia el patio cuadrado en donde se retuercen, anémicas, unas plantas que no había visto por sus campos, enjauladas también, en sus rojos maceteros.

Florencio evita pisar fuerte; sentarse, por temor a quebrar las endebles sillas; meterse entre las albas sábanas del lecho minúsculo, casi al ras del piso, tan distinto de la cuja de madera que soportaba sus brincos y jugueteos. En el comedor, no sabe qué utensilios utilizar ni cómo llevarse a la boca algunos guisos rellenos, extraños. Se le ocurre que los dedos deben reemplazar con creces a los tenedores tan brillantes y que un plato de porotos, en cuyo caldo nadara un puñado de perejil, sería mucho más llenador y sabroso que aquellas sopas desteñidas y sin sal que le sirve la mucama de delantal y cofia blancos, con ojos burlescos, divertida de verlo sentado en la mesa principal.

—Esta señora es buena de más. Se pasa. Miren que poner en la mesa a este monigote que parece que se estuviera ahorcando —comenta con la servidumbre—. ¡Florencio, eso se come así, se

dice así, se pide así, se contesta así! ¡Pobrecito! De buenas ganas me lo trajera para acá y lo haría sentarse en el suelo . . .

Pero nada es comparable con la tortura de soportar a María Angélica, sobrina de doña Esther. Florencio se ha convertido en la diversión de aquel diablillo locuaz y dinámico que no se preocupa siquiera de taparse, ante él, los muslos tan abultados ya, que no caben en su estrecha falda de niña. Le pide que le cuente escenas del campo. El muchacho accede y le narra alguna aventura, la que interrumpe al ver en sus ojos la risa pronta a estallar. En esos momentos, ella lo observa con detención. A la precocidad de la niña, no es indiferente aquella masculinidad tan acusada. Una secreta atracción se establece entre ambos. Se buscan. Florencio no sabe por qué le molestan los amigos de María Angélica que llegan con sus "voces de pito" a llamarla. Pero los envidia, porque conversan tan bien. No como él, que tartamudea. Sin embargo, está seguro de que, a pesar de las bromas y de la dictadura que sobre él ejerce, ella no lo desprecia. Lo comprueba en cierta ocasión que la encuentra en la calle. El se hace el desentendido; pero María Angélica, acompañada de otras jovencitas, lo llama llanamente:

—¡Eh, Florencio! ¿A dónde vas?

Y oye que les cuenta sin reírse:

—Ese va a ser cura . . .

\*  
\*   \*  
\*

Una mañana misió Esther lo hace vestirse con esmero. Ella misma corrige la partidura del peinado, le anuda la corbata y le da dinero para lustrarse.

Hoy vamos al Seminario y hay que dar buena impresión. Junta todos tus monitos en esa bolsa. No dejes nada.

Florencio presiente que una nueva etapa se le viene encima. ¿Tendrá que vestirse como el Cura Núñez que iba a las misiones y del que se reían tímidamente con sus compañeros? A lo mejor se va a manear con las polleras.

El automóvil, esta vez uno muy silencioso, después de un recorrido por calles desconocidas para él, se detiene frente a una reja de fierro, que abarca cerca de una cuadra, resguardando un enorme edificio rojo, de dos pisos, sombrío bajo los grandes y añosos árboles. El muchacho sigue sumisamente a su "madrina", bolsa al hombro. Se vuelve a cada rato a mirar a tanto curita

que anda por ahí. Apenas notada la presencia de doña Esther, acude solícito un cura más grueso.

—¡Señora Esther! ¡Qué sorpresa! ¡Pase por aquí!

Y los conduce a la oficina del Ministro, un sacerdote de edad madura. Florencio se pregunta por qué no retirará la mano de la abotonadura de la esclavina.

—Tú, quédate aquí —le ordena el sacerdote con voz áspera—. Luego pregunta: —¿Ese es el hombre? Bueno, tenga la bondad, señora . . .

Y pasan a otra salita donde conversan largo rato. Florencio, solo, como un “encapillado”, espera su condena. Siente impulsos de huir. Pero ¿a dónde? Por fin aparecen, muy amables, sus jueces. El Ministro, dirigiéndose a él con afectada amabilidad, le grita:

—Bueno, bueno. Ya te hallarás aquí, hombre.

Toca el timbre. Acude otro cura, quien se lo lleva al interior. El edificio, con sus paredes desnudas y gruesas, da un nuevo mordizcón al destino de Florencio.

\*  
\*   \*  
\*

Así entra en la vida religiosa. De allí, debe salir convertido en “un pastor de almas”. Pronto, es otro “jote” más, entrabados sus movimientos por largas “polleras”. Soporta estoicamente las bromas y puyas con que se recibe al novicio. Se habitúa, sin embargo, al internado con sus sinsabores y satisfacciones. Comprueba que los curitas son tan bellacos como los compañeros de la escuela de la señora Florita. Les agrada jugar al fútbol, reman-gándose los hábitos. Para Florencio, aquello parece un sacrilegio. Luego, olvida también sus escrúpulos y se suma a ellos. Gracias a las burlas, corrige su manera de andar a zancadas como si fuera subiendo o bajando cerros. También, y esto no es difícil para él, se pone en condiciones “de moquetear” a los más cargosos y amatonados. Así casi olvida a su apoderada y protectora. Prefiere aquella vida de interno a las torturas de soportar los innumerables detalles de la vida social. No olvida la carcajada de la tal María Angélica cuando lo vio llegar, por primera vez, con sus sotanas. Doña Esther la reprendió severamente, a pesar de su propio regocijo reprimido. El bajaba la vista, librando en su interior una sorda lucha por no decirles “una buena”. ¡Mocosilla, reirse de sus hábitos! En adelante tratará, por todos los

medios, de no salir los domingos. Y cuando una vez se le obliga, no se asoma por casa de doña Esther. Se dedica a vagar por la ciudad, hasta refugiarse en el Cerro Santa Lucía. Desde allí, con hambre, observa la gran urbe, perdida la vista en las poblaciones distantes. Por la acera que deja entrever la vegetación, pasan transeúntes satisfechos, de vuelta de sus almuerzos. El evoca los guisos que preparara su madre. Y nadie le decía entonces que los codos no debían apoyarse en la mesa, ni que el cuchillo era sólo para cortar, ni nadie lo espiaba para reírse de sus torpezas.

Doña Esther supo de esta escapatoria y un día tuvo que soportar sus reprimendas y consejos.



Pasan los años. Ha tomado cariño a la soledad de los días festivos en el Seminario. Florencio vive enteramente para sí. Lee vidas de santos, que, para él, tienen el sabor de fantásticas novelas. Sigue, embobado, las peripecias de sus héroes, su vida mundana, el accidente casual y divino que los empuja a la conversión.

A medida que avanza en sus estudios humanísticos, se devora los trozos de prosa y verso. Leyendo a Bécquer, siente los primeros aleteos de la adolescencia. Entonces desea volver a casa de doña Esther para ver a María Angélica, oír su voz, percibir su perfume. Luego razona y se dice que son deseos pecaminosos de la carne y que él, un futuro sacerdote, debe alejarlos. Busca en compensación la compañía de otra alma afín. Con Gutiérrez cultiva una deliciosa amistad. Pasan juntos las tardes de los días festivos, bajo los árboles más apartados, comunicándose y analizando sus nacientes emociones. No tardan en murmurar los demás:

—¡Qué, si estos son “tapitas”!

Y eso da mala y fea fama, por lo que tienen que alejarse.

Florencio ya no es el Florencio que un día vino acurrucado en el rincón de un automóvil de lujo. Su cuerpo, educado junto con su mente, ha tomado la reciedumbre que ya anunciábase allá en el campo. Su faz roja denota vitalidad contenida. La sotana se hincha sobre los bíceps y espaldas. Nadie le discute su capacidad intelectual. Será un excelente “Pastor de almas”. Así lo aseguran los maestros. El hace honor a este prestigio, consagrándose a la meditación y al estudio. Vaga por las galerías y corredores con algún libro o devocionario ante los ojos, seguido

del respeto de sus discípulos. Se pregunta, a veces, que de dónde podía haberle venido esta facilidad de comprensión y asimilación. ¿De su padre? El campo y las rudas preocupaciones agrícolas debían haberle aniquilado toda intelectualidad. Pero he aquí que reaparecía en él el ancestro de algún antepasado. La filantropía de la señora Esther había hecho posible su cultivo. Se lo agradece ahora. Lo de las colecciones y burlas son detalles olvidados y, en todo caso, reconocidos como útiles. Su porvenir está, pues, en la religión. Se ordenará de sacerdote. Es su vocación. El amor divino ha vencido en él al amor profano. ¡Lejos los pensamientos sobre María Angélica!



Se celebra solemnemente la terminación de estudios. Asisten doña Esther, sus amistades, el alumnado del Seminario. Florencio, muy grave y muy emocionado, abraza a doña Esther, que ya ha recibido congratulaciones de los religiosos y relaciones por haber descubierto este dechado de virtudes. Le agradece con palabras entrecortadas sus desvelos y sus beneficios. Misiá Esther, lagrimeante, le contesta:

—Florencio, ¡cuánta satisfacción! Nada más. Ahora debes descansar un tiempo. Te invito a mi casa de Mellán. Allí, a orillas del mar, te repondrás un poco de tanto estudio y preocupación.

—Gracias, misiá Esther. Iré. Pero me concederá unos días para ver a mi madre y recordar otros tiempos.

En efecto, visita a su madre, quien no puede convencerse de que aquel soberbio cura sea Florencio, el muchacho que se enviaba a cuidar el ganado o a acarrear leña.

Una tarde llega por casa de misiá Esther. Sale a abrirle María Angélica:

—¡Hola, Florencio! Felices los ojos que lo vuelven a ver, después de tanto tiempo. Pase adelante. ¡Tía, tía, Florencio! —grita hacia adentro, adueñándose de la maleta y, mimosa y coqueta, lo guía hasta la salita. Florencio siente la sensación de suavidad y de tibieza del apretón de su mano. Al observarla, puede notar el rápido crecimiento de María Angélica; sus formas están ya maduras. Hace esfuerzos por apartar estos pecaminosos pormenores, y no la mira más. Ella, respetando las prohibiciones de su tía, en el sentido de no tratar a Florencio como antes, se ubica en una silla a examinar a su vez la figura del cura, son-

riéndose socarronamente, mientras doña Esther conversa con él. Renace en ella la atracción que siempre ha sentido por la reciedumbre de su cuerpo, ahora mal contenido entre aquellos hábitos.



La casa veraniega, llena de agitada vida mundana, es un ambiente muy poco propicio para la salud moral del joven sacerdote. Por el contrario, es un acicate para las tentaciones del demonio, que en forma de mujer se le ofrecen. Echa de menos los silenciosos y largos corredores del Seminario. Siéntese disgustado del clima de la casa. Se disculpa a sí mismo por su debilidad al no huir de allí, diciéndose que no debe desairar a su benefactora. Reza con más devoción, y se alivia. Explicase que es aquélla una chiquilla vivaz, pero ingenua. El la tratará como hermanita. Nada más. Así se torna jovial y sociable. Todo un sacerdote moderno que vive en el mundo.

Pero . . . María Angélica piensa de otra manera. Hace abstracción de los hábitos. Para ella, Florencio es, por sobre todo, el hombre en toda su vitalidad. Por haberlo conocido como un infeliz huasito, tal vez, no puede prender en ella el respeto. Agréguesele, además, la deliciosa amoralidad de una joven contemporánea que vive para sus sentidos, exigentes de frivolidades. María Angélica es un diablillo hermoso. Ni baja, ni alta. Rubia, con ese rubio atenuado de las criollas. Sus movimientos, afectadamente laxos, se tornan poderosamente excitantes. Siempre va dejando atrás alguna curva, que recoge presurosa cuando los hombres ya la atrapan con la vista. Después de las comidas, sentados en cómodos sillones, en la amplia galería que mira hacia el mar, conversan. El, a veces abstraído, sólo asiente con movimientos de cabeza a la cháchara de la joven.

—Puedes conversar con Florencio, sin cuidados. Es un sacerdote, que, en todo caso, debe hacerte razonar para que afirmes esa cabeza loca —le ha dicho doña Esther. Y, a fe, que aprovecha la licencia, convirtiéndose en la sombra del curita. Le gusta oírlo hablar por el metal de su voz, no por lo que dice, pues no logra mantener la atención por mucho tiempo, saliendo con ex abruptos como éstos:

—Oiga, Florencio. ¿Los curas no se enamoran? ¿Por qué no se casan?

—Hay un voto, niña, que lo impide.

—¿Y qué importa ese voto? —insinúa con graciosa impudicia.

El baja la vista, haciéndose el desentendido, o desvía la conversación hacia otros temas menos escabrosos. Ella continúa atormentándolo despiadadamente. Adivina una masculinidad al borde del estallido. Frente a él, cruza como tentáculos de pulpo, gruesas, ligeramente dorado el vello que los cubre, los muslos, arrancando frenéticos desde la esfera de la rodilla. Florencio vuelve la cabeza o refugia la vista en un devocionario. Después de estos silencios de lucha, vuelve ella a la carga, con voz ingenua:

—Oiga, Florencio, ¡a que no se ha fijado en una cosa!

—No se me ocurre en qué. Son tantas las cosas en que no debo fijarme . . .

—No, no. ¡Bueno con el hombre pavote! ¿Entonces, no se ha dado cuenta de que nuestras piezas están contiguas y comunicadas por una puerta mal remachada que se puede muy bien abrir?

Florencio no responde. Se la queda mirando profundamente. Ella vuelve la vista un tanto conturbada.

Otras veces, es doña Esther la que acapara al curita para debatir con él largos y áridos temas religiosos. María Angélica se sienta alejada cosiendo. “Vieja idiota —piensa—, no sabe más que hablar de santos”. En revancha, huye a la terraza a reunirse con los “pocholos” de sus amigos.

\*  
\*       \*  
\*

Después de nadar cortando con destreza las altas olas, corre un poco por la arena húmeda, hace algunas flexiones y tiende su dorado cuerpo al sol. Reverbera el insignificante traje de baño, azul, que no tiene otras formas que las magníficas de María Angélica. La arena se ahueca bajo sus pechos y se hincha plástica bajo el cóncavo bajo-vientre. Siente una extraña inquietud que se convierte en pequeños estremecimientos. El sol, el aire marino, la proximidad de los varones, hacen de ella una tensa, sensible cuerda. Está somnolienta con la frente apoyada en los brazos cruzados. Lejos, un barco ronca. Las olas golpean monótonamente la orilla. Emanan una mezcla aromática de cuerpo, ropa mojada, de sales. La espalda brilla bajo los rayos, con reflejos de cobre . . .

María Angélica desea un hombre eficaz y fuerte. Ansía sus

abrazos, sus besos. Se entregaría a él con la violencia de sus años.

Un vientecillo le roza, con sus labios tibios, la espina dorsal, y ella vibra. Se levanta y corre a vestirse a su casucha. El deseo se le prende con insistencia. Se une a un grupo de jovencitos:

—Por fin vienes ingrata —le reprocha uno.

El paseo está en todo su auge. La terraza, a orillas del mar, parece una enorme culebra de escamas movedizas, que se arrastra lentamente hacia ninguna parte. Una radio martillea la hora, hasta hundirla en el crepúsculo. Ojos ávidos muerden las piernas tostadas y se internan en otras pupilas afectivas. María Angélica habla y habla. Dice frases de doble sentido, coquetea. Pronto se aburre de aquellos imberbes, insulsos, convencionales.

—Hasta luego —dice, repentinamente—. Me voy.

—¿Y por qué? ¿Te espera alguien?

—Se me ocurre que ésta tiene gato encerrado —comenta otro.

Tranqueando osadamente, atraviesa el paseo, desafiante, espléndida. La anémica luz municipal abre sus faroles al verla pasar.

\*  
\*   \*  
\*

Después de comida no quiere salir.

Doña Esther ha ido a ver la luna en el mar, como explicó al irse. Florencio ha quedado pensativo. Para María Angélica no tiene ni una mirada, ni una palabra. Parece haberla olvidado. ¡Y con las miradas que ella le dirige!

Las luces de la galería están apagadas y sólo el reflejo de la luna rielando sobre el mar pone una dulce claridad en la estancia. De pronto, María Angélica se levanta, y, presa de una terrible angustia, corre a su cuarto y se arroja en el lecho. Allí solloza largos ratos a pequeños saltitos. Luego se calma y de espaldas, con las manos en la nuca, permanece inmóvil. Los ojos muy abiertos persiguen un haz luminoso que viene por una rendija de la pieza vecina. Florencio se ha recogido. Seguramente lee sentado en el sillón. No intenta espiarlo, como lo ha hecho otras noches. Su imaginación es un remolino vertiginoso que revuelve todas las ansias lujuriosas contenidas, todos los gritos de la carne palpitante, arrasando con convencionalismos y barreras. Odia a aquellos mozalbetes, a su bobalicona tía, a aquel estúpido y pudoroso fraile. Sin embargo, éste está allí, detrás de una puerta. Y es hombre y ella es mujer. Todos los capítulos de las novelas

psicalípticas, leídas a espaldas de doña Esther, cobran realidad y vienen a punzarle el cuerpo con sus alfileres de deseo. Y aquella noche de enero, derramando extrañas influencias telúricas, la traicionan. Piensa en las parejas que, a esa hora, han de estar cumpliendo los inveterados ritos de la especie sobre la arena tibia, en los cerros, en la playa . . .

De un ágil salto se pone de pie. Mira hacia la puerta. Empieza a desvestirse con violencia, con ira. Salta los botones diminutos, se rasgan las sedas afrodisíacas. Ha quedado desnuda en la obscuridad. Acaricia su cuerpo palpitante, y suspira. Luego se oculta dentro de una blanca camisa, acribillada de meriñaques. Una decisión está organizándose en su voluntad. ¿Por qué no? Avanza descalza, ondulando dentro de su camisión. Corre los cerrojos de la puerta que la separa del hombre, y penetra en la pieza silenciosamente. Florencio se levanta sorprendido. La interroga con la vista, severamente. Ella no rehuye la mirada. Por el contrario, irradia una determinación decisiva. Los ojos de Florencio, por huir de aquel ramillete humano, empiezan su calvario, en estaciones rápidas y fugitivas. Los posa en los mórbidos hombros descubiertos, pulidos y brillantes. Los retira para estrellarlos contra las colinas delicadas de sus senos. Luego rebotan en las alacenas de las caderas para escurrirse hacia el centro del ser, por el vientrecillo apenas combado. Desde allí, caen laxos para sufrir el último asalto en los muslos pegados a la seda. Por fin, se ovillan, como perros cansados, jadeantes, a los pies descalzos.

María Angélica ha notado su desfallecimiento. Avanza hacia él, implorante, en actitud de entrega.

—¡Shit! —le ruega con voz ronca—. ¡No diga nada! ¡O va Ud. a mi pieza o yo me quedo aquí!

Florencio no contesta. Está anonadado y vibrante. La noche se alarga afuera. El mar, echándose contra las rocas ahuecadas, las penetra con sus olas hirvientes. Entre estruendo y estruendo, en el reloj de la galería, el tiempo galopa.

Los actos están detenidos como en un cuadro. Bastaríale a Florencio levantar la cortinilla de seda, horadada por los dedos artesanos y anónimos de alguna modista, para asomarse al más bello paisaje humano, cálido, emocionado. ¿Qué hacer? Sus deseos adormecidos empiezan a desperezarse, a estirones. ¿Qué hacer, Señor?

—¡Tú también fuiste tentado por Lucifer, pero lo venciste! ¡Ayúdame en este trance! —musita Florencio. María Angélica aguarda, anhelante.

—¡Señor, me he consagrado a ti! ¡Soy tu pastor! ¡Ayúdame!  
¡No me dejes delinquir!

Pero allí está la estatua de la vida al alcance de sus sentidos indignados.

—¿Qué piensa? —le conmina María Angélica, con voz temblorosa.

—¡No, María Angélica, no! ¡Váyase! ¡No puedo! Seamos amados en Cristo...

La tensión de la joven se relaja.

—¡Ah, me lo imaginaba! ¡Marica! —le grita, con desprecio, retrocediendo hacia su cuarto. Allí se lanza contra el lecho, como un leño inútil al que no han querido cosumir las llamas. Lloro con los estertores del deseo escarnecido.

Florencio la oye. Tiene los labios apretados y los dedos crispados. Una violenta lucha se libra en su interior. Mira hacia la puerta que ha quedado a medio cerrar. No, no, no debe delinquir, no debe caer en tentación. Pero... Es un vulgar pecador, un pobre ser expuesto a todos los peligros. Creía fortalecido su espíritu por la meditación y el contacto diario con El. Mas, la carne, el demonio, le azuzan. ¿Por qué no lo dejarían en el campo, poseedor de todos sus instintos? ¿Por qué habrían tomado su vida para ostentar filantropía? El quiere gozar sin sutilezas, bajo el sol. No quiere bajar los ojos ante nadie. Allí está María Angélica, desesperada por su hipócrita rechazo. Es suave, tierna. Quiere exprimir sus senos bajo sus dedos trémulos. Diez tentáculos extrayendo todo el goce de su sangre. El deseo se le enrosca en la garganta. Piensa que la voluptuosidad es lo único que espanta a la tristeza. No quiere que se le vaya la vida sin espasmos de fuego. Quiere sentirse crujir como las ramas de los árboles. Su lujuria, desbordándose, lo empuja. Con pasos rápidos, penetra en el cuarto de María Angélica.

—¡Mariíta, lo he pensado! ¡Amémonos!

—¡No. No y no!

—¡Gran idiota! ¡Váyase! ¡No quiero verlo nunca más! ¡Hipócrita! —Le grita desesperada, enderezándose amenazadora.

—Pero... Marií...

—¡No; le digo que no! ¡Váyase, o gritoooo!

Es Florencio quien queda ahora con los brazos extendidos, implorante. Su cerebro es un torbellino, una vorágine de ideas encontradas, donde van a hacerse trizas todos los conceptos, los dogmas. Una sorda rebelión burbujea dentro de él. ¿Quién lo

retiene a abandonarlo todo y volver a lo que debió haber sido? ¿Para qué se había atiborrado de tanto saber, cuando lo vital era ese montón de carne y sedas? Sí. Abandonaría el sacerdocio. Era honrado. Para ser un mal conductor de almas, era preferible no serlo. ¡No! ¡Eso no! Su temperamento era franco y violento. Volvería al mundo de donde le llamaban con voces ancestrales. El religioso se desvanecía, devorado por la combustión de lo vital y de lo convencional.

—Mañana mismo cuelgo la sotana y nadie me lo va a impedir —termina golpeando con el pie sobre las tablas.

Sale de aquella nefasta pieza.

El alba lo sorprende en su agitación interior, mirando desde la galería hacia el horizonte. El mar hierve y avanza a deshacer en la orilla sus lentas, altas olas. Las gaviotas modelan la caleta del frecuentado balneario de Mellán con un interminable lazo aleteante.